



LA GIRAFA.

La girafa, llamada tambien *camello pardal* es quizás el mayor de los cuadrúpedos; solo se vé hoy en una comarca de Africa, pues su raza se ha disminuido considerablemente. Poco ó nada se sabe de las costumbres y vida montaráz de la girafa, y los autores naturalistas han hablado mas bien por conjeturas que por los resultados de sus propias observaciones cuando han escrito acerca de tan hermosa creacion de la naturaleza.

La talla de la girafa no baja de quince pies y se han visto algunas de veinte. Se asemeja algo al ciervo, al camello y al leopardo; en la boca al primero; en el cuello y pies al segundo, y al tercero en la piel manchada. Tiene los ojos hundidos y brillantes; su labio superior sobresale mucho mas que el interior, y sus dientes indican un animal rumiante. En la parte superior de la cabeza ostenta dos cuernos rectos, tan gruesos en su punta como en su base, los cuales están cubiertos de piel como todo el cuerpo: en la punta tienen dichos cuernos un boton oculto entre un vello largo que remata en figura de pincel. Lleva el cuello siempre derecho y no puede beber sin arrodillarse, ni tomar cosa alguna del suelo sin separar las piernas delanteras.

### LA RUEDA DE LA FORTUNA.

#### VII.

#### PRENDA DE AMOR.

Habria como diez minutos que se habian retirado, cuando Remond, que aguardó cerca de su esposa el resultado de su conferencia, viéndolo que no le llamaban se decidió á volver al aposento donde habia dejado á sus acreedores, causándole no poca sorpresa encontrarle desierto. Ocupado Bernardo en el jardin, ignoraba quiénes hubiesen entrado ó salido, y no pudo dar razon alguna de desaparicion tan inexplicable. Se acercó Remond á la mesa en que estaba la cajita, llamando su atencion el pliego de las cinco firmas. Ante todo leyó, sin comprenderlo, la causa que habia determinado á sus acreedores á autorizar aquel escrito; mas despues se fijó solamente en el misterioso vacío que separaba aquellas líneas: mudo, agitado por secreto temor, lo comentaba en el sentido mas terrible: parecia que se llenaba aquel hueco y que veía trazadas una en pos de otra las letras de un nombre maldito y formidable.

—¿Qué resolucion han adoptado, amigo mio?

preguntó Emilia entreabriendo la puerta del aposento.

Remond asió con frialdad el papel entre sus manos, sobreponiéndose á la idea que le turbaba.

— Han aceptado, contestó.

— No salieron fallidas mis esperanzas.

— Sí, presentimientos hay á que es forzoso dar crédito, y rara vez me han engañado los míos.

Volvió su rostro al pronunciar estas palabras.

— No obstante, añadió Emilia, os veo mas triste y sombrío que al separaros de mí poco hace, ignorando si aceptarían vuestra propuesta. ¿Os han exigido condiciones penosas? ¿O acaso os han reconvenido ajando vuestro orgullo de ese modo? Por vos no hubiérais sufrido tamañas afrentas, pero acordándoos de mí todo me lo habeis sacrificado.

— Nada me agradezcáis, interrumpió Remond con amargura: han llevado su deferencia hasta el punto de no ocasionarme molestia alguna, ni he tenido que humillarme: es un mérito que me atribuíis y que no he contraído por cierto.

— No importa, otro teneis á mis ojos. ¿Temeis que me asuste la miseria? Desengañaos, amigo: ya os dije que tiempo há me encontraba preparada á ella: la he visto llegar lentamente,

paso á paso, y ahora la arrostró con la mayor impavidez. Renace entre nosotros la confianza: desde hoy no mas festines, no mas placeres, ni tampoco mas temores y sospechas. Si algo bueno tiene la miseria, es que á veces pone de mani-fiesto un sincero cariño que no se descubria en la prosperidad. No perdamos el tiempo en re-cordarlo que ya no existe. ¿Cuáles son vuestros planes para lo futuro? ¿Puedo servir de algo? Decidlo: mi papel no debe limitarse á esperar pasiva el instante, si es que alguna vez llega, de que podais proporcionarme de nuevo los gozes del lujo: no los habia apetecido, y los pierdo sin que me arranquen una queja: de los bienes que poseiamos habeis conservado el mas precioso; y es vuestra libertad.

—Hasta el instante en que ese hombre se presente.

—¿Porqué nos ocupamos siempre de él? No volverá, Remond? ¿Quién sabe lo que puede haberle sucedido en ocho años!

Les interrumpió rumor de pasos que se sintió en la escalera. Algunos segundos despues entró Federico y se arrojó en los brazos de su padre.

—¡Hijo mio! exclamó Remond asombrado de aquella aparicion imprevista; y le estrechó contra su pecho sin pronunciar palabra. A pesar de la dureza de su carácter y de la espantosa duda que le asediaba, aquel hombre que nunca se doblegó sino al extravio de una pasion indómita sentia abierta su alma á aquellas dulces impresiones. La vista de su hijo, y la resignacion de su esposa habian suavizado al fin aquel corazon de bronce: amaba como padre y como esposo sin volver la vista atrás y sin límite alguno. Federico, Emilia! exclamó enjugándose una lágrima, no os conocí hasta ahora! ¿Por qué no es sino fugaz relámpago la ventura que experimento entre vosotros? ¿En qué ocasion tan triste vuelvo á verte, hijo mio! No quise participarte mi posicion, y ahora que llegas no puedo ocultártela ni por una hora siquiera.

— Todo lo sé, dijo el joven: en Roanne adquirí noticias desconsoladoras, aunque muertas, y voté á vuestro lado. Completa y acaso reparal le es vuestra ruina, si bien vuestro infortunio es mayor de lo que imaginais.

—¡Me asustais, Federico! exclamó Emilia: esplicaos.

Al oír esta semi-revolucion adquirió súbito el rostro de Remond cierta espresion siniestra: permaneció inmóvil, con los brazos cruzados, como hombre que de antemano conoce su destino y á quien no arredra ninguna desgracia.

—Perdonad, dijo Federico, si os hago una pregunta. Las circunstancias y vuestra voluntad que he acatado siempre por rigorosa que me haya parecido, nos han separado constantemente y nada sé de los sucesos que han podido turbar vuestra vida. Cualquiera que sea la respuesta que me deis, estoy muy lejos de juzgar sobre vuestras acciones: aunque fueseis culpable para todo el mundo, seriais inocente á mis ojos. ¿Existe algun hombre que confundamento ó sin él pueda quejarse de vos? ¿Existe algun hombre que pueda creerse con derecho á decir que le engañasteis vilmente y que sois un infame?

—¿Qué te importa, dijo Remond?

—Ya os previne, padre mio, que no es mi

intencion juzgaros, y si os hablé delante de vuestra esposa, de la que ha sucedido á mi madre, es porque os ama y os respeta como yo, y porque tambien se halla interesada en contestarme pues tambien la envuelven en la misma acusacion.

—¡A mí! exclamó Emilia balbuciente.

—Decidme, si de comun acuerdo habeis cometido alguna accion vergonzosa, si habeis faltado á la fé de vuestra palabra. Yo desprecio esta injuria, pero necesito saber si existe un hombre autorizado para usar de este lenguaje.

—Si, dijo Remond con voz alterada, existe.

—¿Y no está ese hombre falto de juicio? ¿No es un miserable loco á quien no puede pedirsele satisfaccion de sus calumnias? ¿Puede uno sin remordimiento cruzar con él su espada y dirigir una bala á su pecho?

—¡Consentiria en batirse, exclamó Remond! ¡Dios sea loado! ¡Esa es la venganza á que aspiro!

—Eso me atañe á mi, repuso Federico. He conseguido veros: abrazadme otra vez: dentro de una hora ó perdereis á vuestro hijo quedando á merced de ese hombre, ó podreis vivir libre de sus ataques.

—Federico, te prohíbo que espongas tu vida.

—Cesa vuestra autoridad donde el honor ofendido habla: ademas de la vuestra estoy en el caso de vengar otra querella. He sido insultado por ese hombre antes de saber que era vuestro enemigo.

—¿De veras?

(Continuará.)



## EL CIEGO.

Luz, luz al ciego, que está celoso, y desgarrá sus vestidos y tiende las manos para detener á su esposo.—«Mira, muger»—dice lanzándose tras ella, y el infeliz no escucha mas que un silencio triste y melancólico que hace trizas su única esperanza, su único consuelo: á lito que apaga la pálida luz que distingue bajo la maldita venda que el cielo ató á sus ojos. Si ella le contestára, se desvaneceria con esto su desconfianza de ciego y de amante, y seria un sopló benéfico para su corazon devorado por los celos. Por el cielo que es abrasadora esta impaciencia para un infeliz que no puede ver la luz, y es terrible para el que tiene que llevar la mano al espacio para hallar el desengaño. El maldice aquel instante en que buscó la felicidad en el amor, en que arrojando el cayado, quiso entregarse en brazos de una muger, y en el que

perdido ya y abandonado se arrojó á los dulces arrebatos de esa pasion que tan bella es de lejos!...

Una y mas veces clama por su esposa, pero en vano todas. Y esto rasga su corazon, porque se vé sin el amor de aquella muger que escuchaba con placer sus cuitas de ciego, de aquel ángel sin alas que era para él una aparicion luminosa, de aquella hada cuyos ojos veia el ciego, porque ella le retrataba el mundo tal cual podia verle aquella alma tierna y amorosa, que el infeliz á su lado tenia dentro pupilas un destello de claridad que iluminaba su pecho reflejo de la aureola que vibraba sobre sus hombros, ilusiones de pobre, ilusiones de pobre únicamente, y que doraban su desgracia. ¡Oh! y ¡cuán hermoso era el mundo pintado por aquellos labios que él solo podia besar con los suyos escuálidos y amarillentos! ¡cuánto esplendor recibian sus galas cruzando por delante del ciego arropadas con aquella voz clara, viva, sonora, y que él queria recoger, respirando cerca de ellos! «Estos eran los últimos momentos en que se olvidaba de que no veia, en que para él respiraba en el mundo como todos los demás: como tan castigado por la suerte, como tan agoviado por la desgracia, se creia entonces mas feliz que todos, porque hacia de la muger un sér invisible, sin el prestigio de la hermosura, sin el prestigio de sus sonrisas, houri mundanal que asomaba su andrajosa vida de pobre. Al llegar su esposa, el desgraciado despertaba de ese sueño de ciego obscuro y pavoroso con las sombras de un calabozo, como las agonías de un asesino; de esa noche tranquila en que ni habia estrellas ni cantores, crepúsculo de una vida que se dormeciera en la cuna, y arrojando de su pecho el tropel de amarguras que caian en su corazon, hora á hora, minuto á minuto, como la arena de la clepsidra que formula la velocidad del tiempo, apartando de sí aquel murmullo que allá lejos levantaba el mundo, como el reo que escucha al populacho que le esperaba para mofarse de él, talareaba una cancion, ó buscaba palpitante la cintura de su esposa para abrazarla. Hasta entonces nada veia... era ciego. Ahora, ya llegará el dia para el pobre!!

Mas hoy todo desaparece de su corazon: la luz pálida, que reflejaban en su eterno sueño, las caricias y las palabras de una muger que él tanto amaba, toda esa felicidad, tanta dicha para un pobre, tanto entusiasmo para un ciego, todo esto lo dá al olvido el mendigo, porque está celoso; ¡Dios mio! y la realidad ó la ilusion (que tanto destrozan su alma) es la terrible Atropos que corta el estambre de su placentera dicha.—«Muger ó diablo, mira;» dice con ira reconcentrada, y solo el eco le regala su última palabra, voz que le parece al ciego que venia del infierno para declararle que á su presencia su misma esposa se burlaba de él. «Mira,» repite su cabaña, y perseguido de esta palabra, cae en tierra maldiciendo su suerte, y murmurando como quien habla con Dios ó con una sombra.—«¡Oh! del ciego todos se burlan!»

A. NEIRA.

## TEATROS.

### CRUZ.

A las ocho y media de la noche.  
Primera representacion, de

### LA MEJOR RAZON LA ESPADA,

comedia nueva, original en tres actos y en verso.

#### PERSONAGES. ACTORES.

Doña Juana. . . Sras. Lamadrid.  
Doña Angela. . . Flores (D.<sup>a</sup> C.)  
Leonor. . . . . Lapuerta.  
Guijarro. . . . . Sres. Lombardia.  
D. Pedro Pantajo. Alvera.  
D. Diego Gamboa. Galtán. (D. V.)  
D. Lope. . . . . Aznar.  
Arjona. . . . . Fernandez.  
Duque de Arcos. . Azopardo.

Hombre 2.<sup>o</sup>. . . . . Reyes (D. M.)  
Alguacil. . . . . Flores.  
Escribano. . . . . Rada.  
Hombre 1.<sup>o</sup>. . . . . Galtán. (D. H.)

Boleras por la señora Flores y el señor Alonso.  
Terminará la funcion con un divertido sainete titulado.

### PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche.  
1.<sup>o</sup> Brillante sinfonia á completa orquesta.  
2.<sup>o</sup> Aliviada de su indisposicion la primera actriz doña Matilde Diez, se dará esta noche la última representacion de la comedia heroica, nueva, en tres jornadas

y en verso, original del Excmo. señor duque de Rivas, titulada

### EL CRISOL DE LA LEALTAD.

#### PERSONAGES. ACTORES.

La reina de Aragon Sras. Diez.  
D.<sup>a</sup> Isabel Torrellas Lamadrid.  
Rita. . . . . Llorente.  
Sanchez. . . . . Valero.  
D. P. Lop. de Azagra Sres. Romea (D. J.)  
Fortun Torrellas. Sobrado.  
D. Lope de Azagra. Noren.  
Mauricio. . . . . Perez.  
Arzob. de Zaragoza Fabiani.  
Bertio. . . . . Guzman (D. A.)  
Anton. . . . . Cubas.  
Jofré de Alvaro. Diez.  
Alvaro Garcés. . . Garcia.

3.<sup>o</sup> La inglesa, paso bailable, dirigido por don Angel Estrella, quien lo bailará con las señoras Diez, Lopez y Menendez, y los señores Piga é Hidalgo.  
4.<sup>o</sup> Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

### CIRCO.

A las ocho y media de la noche.

### SAFFO.

ópera seria en tres actos, del maestro Pacini.

IMPRENTA DE BOIX.